

Xavier Güell

Shostakóvich contra Stalin



XAVIER GÜELL

Shostakóvich contra Stalin

(Cuarteto de la guerra III)

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Xavier Güell, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 82-2024
ISBN: 978-84-19738-72-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Rebeca Largo
In memoriam

PRELUDIO

Sábado, 5 de julio de 1975
Estudio de Dmitri Dmítrievich Shostakóvich,
en su dacha de Zhukovka, a treinta kilómetros de Moscú
Acaban de dar las doce de la noche

Tengo ocho horas para terminar la *Sonata para viola y piano*, y tal vez mi vida. A partir de esta noche la historia de Dmitri Shostakóvich será de los demás.

Me denunciaron muchas veces por traicionar a la Unión Soviética y me criticaron otras por someterme a sus dictados. Que lo sigan haciendo. ¿Quién puede saber lo que se oculta en mi alma? Quizá ni yo mismo.

Cerrar el círculo, desafiar al destino, a ese frío que entumece mi mano derecha. Me aferro a Beethoven cuando no queda nada más. El tercer movimiento de la *Sonata para viola y piano* prolongará su *Claro de luna*.

Camino sin avanzar, voces de agua que brillan, fluyen, se pierden, nunca llegamos, nunca estamos donde estamos, nada se mueve, nada que oír salvo la sonata para viola, sentimientos líquidos, latidos sin tiempo, lenta luz que se abre sobre sombras que reconozco.

Mi vida vivida, lejana leyenda rota. Te escucho, Irina, deja reposar tu mano en la cuesta del cielo hasta que un ángel nos bese en la frente.

Me falta el aire, me falta el cuerpo, me falta la piedra que es almohada y losa, cadencia que espera mi última nota, Irina,

mientras miro a través de la oscuridad, hacia otra oscuridad más oscura.

Creo en la noche: noche tras noche, más de veinticinco mil han sido mis noches para llegar al final. Noches como puños que golpean, un estallido que rasga el silencio, voces desaparecidas, música callada, el camino que me lleva al infierno.

Tú, angustiador, ¿no oyes romper en ti la ola de todos mis tormentos? Si yo sueño, tú eres mi sueño.

¿Cuándo llegarás?

Reducido a desnudez y a noche, y al amor que terminará, la semilla de mi destrucción florece en el desierto, yo no soy más que una súplica que nadie escuchará.

Respira, despacio, más despacio.

La luz de la habitación de mi mujer, Irina, está encendida, tampoco ella puede dormir; fuera no se oye ningún ruido, no hace viento, ni siquiera hay luna, noche de agosto, oscura. Amo a Irina más que a mi propia vida, se lo digo a menudo y sonrío, si no fuera por ella habría muerto hace tiempo; ayer me dijo que no soportaba la idea de perderme, luego me dio un beso y se alejó en silencio; a veces la oigo llorar, está agotada, igual que yo; le he pedido que no entre en mi estudio antes de las ocho de la mañana, sabe que tengo que acabar la sonata para viola; estoy en el tercer movimiento y me pregunto si va a ser un homenaje o un plagio del *Claro de luna*. Solo Beethoven podría contestar.

¿Llaman a la puerta? ¿Ha llegado ya...? Quedan aún ocho horas para que finalice el plazo que habíamos acordado.

Me levanto del piano con dificultad.

—¡Ah!, eres tú, Dmitri... ¿Otra vez una pesadilla?

—Sí, abuelo, otra vez.

—Yo también las tenía a tu edad; las personas inteligentes suelen tener pesadillas, eso debería consolarte.

—¿Puedo quedarme un rato contigo? No quiero volver a soñar.

—Sí, claro, claro que sí. Ven, sentémonos en este viejo sofá que tanto le gustaba a tu abuela.

–Cuéntame el cuento de *La sirenita*, abuelo, es el que más me gusta.

–Sabes, cuando era poco mayor que tú, compuse una obra sobre *La sirenita*.

–¿Por qué no me la tocas?

–Es tarde. Despertaríamos a tus padres y a Irina.

–Papá y mamá se han ido.

–¿Así que te has quedado solo?

–Con Irina y contigo.

–No lo sabía.

–Quieren darte una sorpresa. Por tu cumpleaños.

–¿Mi cumpleaños? Todavía faltan más de dos meses.

–¿Cuántos vas a cumplir, abuelo?

–Sesenta y nueve. ¿Te parecen muchos?

–Muchísimos.

Dmitri se tumba en el sofá y bosteza; voy a buscar una manta, le cubro las piernas, me siento junto a él y empiezo el cuento:

–En el fondo del más azul de los océanos había un maravilloso palacio en el cual habitaba el rey del mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca...

–¿Qué es un tritón, abuelo?

–¿No lo sabes?

–No.

–Es el gran señor del mar, hijo de los dioses griegos Poseidón y Anfitrite.

–¿No es el que tocaba la trompeta?

–En efecto, a menudo aparece representado con una caracola, que toca como si fuera una trompeta.

–Tú eres el gran señor de la música, ¿verdad, abuelo?

–Eso dicen algunos, aunque no todo el mundo está de acuerdo. ¿Quieres que siga?

–Sí.

–Vivía en una espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas...

–La más hermosa de todas era la sirenita.

–La sirenita, la más joven, además de ser la más bella, poseía una voz maravillosa; cuando cantaba acompañándose con el arpa, los peces acudían de todas partes para escucharla, las conchas se abrían, mostrando sus perlas, y las medusas al oírla dejaban de flotar...

–¿Tu abuelo también te contaba cuentos?

–No. Murió antes de que yo naciera.

–¿Y no tuviste abuelo?

–Sí. Se llamaba Boleslav Petróvich Shostakóvich. Era un viejo revolucionario polaco que se jugó la vida por defender sus ideas.

–Como Lenin.

–No exactamente.

–Ah...

–Participó en la insurrección de Polonia contra Rusia de 1863 y organizó la huida al extranjero de un general polaco muy importante llamado Jaroslav Dabrowski. Más tarde lo acusaron de haber intervenido en el magnicidio del zar Alejandro II.

–¿Qué es un magnicidio, abuelo?

–El asesinato de un rey o de un zar.

–¿Y tu abuelo mató al zar?

–No. Lo juzgaron y lo declararon inocente. Sin embargo, fue desterrado a Tobolsk, la antigua capital de Siberia.

–En Siberia hace mucho frío, ¿verdad?

–Sí, pero es un lugar muy hermoso. Nuestra familia proviene de ahí. Yo debería haberme llamado Jaroslav, en homenaje al general polaco al que mi abuelo ayudó a escapar.

–¿Qué nombre más feo.

–A mí tampoco me gusta, pero estuvimos a punto de llamarnos así. Ya sabes, el nieto mayor, en muchas ocasiones, lleva el nombre del abuelo. ¿Quieres que te explique lo que sucedió?

–Sí, sí, cuéntamelo.

–El día de mi bautizo, padre llegó a casa antes de lo acostumbrado. Habían preparado el samovar. Tía Marusia tenía tres años y correteaba de un lado para otro como un ratón enjaulado. A las tres llegó el pope. Una pila bautismal portable presidía

el salón, toda la familia estaba reunida en torno a ella. El sacerdote miró a mis padres y les preguntó: «¿Qué nombre le vais a poner?». «Jaroslav», contestaron los dos a la vez. El clérigo arrugó la nariz. «Jaroslav, ¿qué nombre es ese? Cuando vaya al colegio, sus compañeros no podrán ponerle un apodo, como es costumbre. ¿Por qué lo queréis llamar así?» Padre le contó la historia del revolucionario polaco, madre añadió que Jaroslav Dmítrievich sonaba mejor que Dmitri Dmítrievich y que, además, no querían repetir el nombre paterno. El pope levantó los brazos y sentenció: «Ya tenemos bastantes revolucionarios en Rusia como para añadir a la lista a agitadores polacos. ¡Me niego a ponerle ese nombre! Lo llamaremos Dmitri». Y ahí se acabó la historia.

—De buena nos libramos, abuelo.

—Así es. Y ahora intenta dormir, que yo tengo mucho trabajo y debo acabarlo esta noche.

Dmitri se sube la manta, se da la vuelta y cierra los ojos. Me quedo mirándolo unos segundos, mientras recuerdo los años en los que tenía su edad. Me sentía angustiado, quizá por la guerra que había vivido, por la sensación de lo fácil que resultaba morir, también matar. El temor a la muerte es la más intensa de las emociones, bajo su influencia la gente crea poesía, arte, música; yo he compuesto numerosas obras bajo el efecto de los gritos previos a la muerte. ¿A quién había oído gritar así?... ¡Señor, a veces mis obras parecen un mal sueño! No lo son: no hay nada tan real como el dolor.

Regreso al escritorio con el borrador de la *Sonata para viola y piano*. Será mi opus 147, el final. Lo abro por la primera página en blanco de lo que ha de ser el tercer movimiento que complete el *moderato* y el *allegretto* anteriores; elijo un lápiz de los muchos que tengo en la caja de madera que está encima de la mesa y anoto:

Adagio, cuatro por cuatro, *piano*, *tenuto*, *expresivo*, el mi de la viola se mantiene durante dos tiempos sin crecer, desciende hasta el re, sube hasta el sol sostenido, vuelve a descender al do

sostenido... Sigo escribiendo: acordes de la viola en *pizzicato*, otra vez *arco*, la melodía se abre hasta la octava de re del piano, pausa..., música callada, más allá del dolor de mi decimocuarta sinfonía, de mi decimoquinto cuarteto de cuerda.

Ha empezado a diluviar, está granizando. Me restriego los ojos con un pañuelo, me lloran a menudo; el granizo rebota contra las farolas encendidas del jardín. Sí, los periódicos tenían razón: esta noche iba a llover en toda la región de Moscú, incluso anunciaron tormenta.

Irina ha apagado por fin la luz de su habitación; respiro hondo; trato de calmarme, pero no lo consigo.

Anoto: tres por dos, octavas en el piano, si, do sostenido, re, mi, cuatro por cuatro, viola, corchea con punto, semicorchea, blanca con punto, tres veces re, *crescendo*...

Maldita mano derecha, no para de temblar, así es imposible; debería haber seguido el consejo de Slava Rostropóvich y aprender a escribir con la izquierda; lo peor es que no puedo beber vodka, lo único que me alivia.

Vuelvo al piano y toco cinco acordes. No me gusta el resultado; pienso en el modo de encadenar la secuencia armónica añadiendo una cuarta aumentada, mientras miro de reojo a mi nieto que por fin se ha dormido; si Nina viviera estaría orgullosa de él: inquieto, obstinado como yo; estoy seguro de que será un buen pianista, no es pasión de abuelo, es seguridad de músico.

¿Por qué me viene ahora eso a la cabeza?

Nina estaba en la ventana sonriendo, tenía puesta la bata de color crema con el siete que nunca zurció. «Hagámoslo, Mitia, Dios, me muero de ganas», me dijo; entonces quedó encinta de Maxim y tuvo que rechazar el puesto que le ofrecieron en el laboratorio; cuando los niños dormían, me metía en su cama, apretaba los labios contra su oído y empezaba a susurrar maldiciones sobre el camarada Zhdánov; ella abría los ojos y en voz baja imploraba: «Por el amor de Dios, Mitia, las paredes son de papel, te van a oír».

Me retumban los oídos.

¿Quién dijo eso?:

«Al llegar la noche en que el alma le iba a ser reclamada, no se pudo aguantar y la entregó una hora antes.»

Ha dejado de granizar, pero el ambiente es húmedo. Irina ha vuelto a encender la luz. ¿Por qué no estoy con ella para tratar de tranquilizarla? Debo terminar la sonata, debo terminarla ante de que...

¡Hay un error! ¿Por qué he escrito fa sostenido cuando es fa natural? ¿No he escuchado bien la armonía? Debe ser la edad, o este temblor en la mano que no cesa, o este insomnio que me persigue desde hace meses, o esos fantasmas que tanto temo que vuelvan. No mantengo la concentración más de cinco minutos.

Sigue, sigue.

Sol, do, mi, arrastrar la melodía, las octavas del piano como el vuelo de gansos gigantes; así, así...

Debería hablar más a menudo con mi nieto sobre madre, su abuela. Quiero que sepa por mí las dificultades que tuvo para sacar adelante a la familia, tras la temprana muerte de padre: últimos estallidos de la Gran Guerra, Revolución, guerra civil, hambre, caos, crueldad, frío, sí, sobre todo frío. ¡Oh, madre! ¡Oh, madres de Rusia! ¡Madres coraje! La mía fue la mejor de todas. Cuando me metan en el féretro me envolveré con su sombra.

¿Dónde he puesto el lápiz?

Aquí.

Incrementar el flujo hasta el si bemol, disminuir el sol en el último tiempo del compás, siempre *piano* sin crecer, *legato*... ¡Eso es! ¡Ya lo tengo!

La mirada de madre era terrible cuando algo le enfurecía; mis hermanas y yo corríamos a refugiarnos junto a padre. «Malcrías a los chicos, así no hay manera de educarlos», decía ella con su imperativa voz de maestra. «Ya se encargará la vida de enseñarles cómo funciona el mundo, de momento que aprendan a ser felices», respondía él, pese a que estábamos a punto de abandonar para siempre aquellos años de celebraciones y seguridad.

Tengo un último recuerdo de padre, fue poco antes de que muriera; estaba ya enfermo y sabía que sus días se acababan; nos llamó a mis hermanas y a mí; postrado en la cama, sus ojos llameaban, tenía un libro en las manos. «Sentaos, quiero leerlos algo», dijo, sin apenas mover los labios. Todavía escucho el eco de su voz en el fragmento final. Con gesto de impotencia, dejó el libro sobre la cama, cerró los ojos y acabó de memoria *El monje negro*, de Chéjov. Poco después falleció de neumonía. Tenía cuarenta y siete años. Yo dieciséis.

La cabeza me da vueltas.

Mantener el *forte* del la bemol agudo sin disminuir, pausas largas, que las notas respiren...

Si muero en agosto evitaré que las autoridades vengan a mi entierro; morir en agosto sería mi salvación, aunque no creo que el camarada Brézhnev quiera perderse. «El hijo fiel del Partido Comunista, Dmitri Shostakóvich, consagró su vida a la paz, a la amistad entre los pueblos.» Sí, me temo que todos interrumpirán sus vacaciones, el funeral de Shostakóvich bien vale el esfuerzo de dejarse ver. A las autoridades les quedan bien los trajes negros.

Me levanto y busco en la estantería *La canción de la tierra*, de Gustav Mahler; ¿dónde está?, con este desorden es imposible encontrar nada; sí, aquí la tengo; la abro por el final; aún me asombran los últimos compases, son tan tristes como mi último cuarteto de cuerda; si pudiera llevarme una obra a la tumba elegiría el último movimiento de *La canción de la tierra*.

Alma Mahler me pidió que orquestara la *Décima sinfonía* de su marido; ¿por qué me negué si siempre tuve tiempo para lo que me interesaba?, pero una cosa es interés y otra devoción; amo la música de Mahler y no la quería profanar; creo que Alma lo consideró una falta de afecto a la memoria de su marido, fue todo lo contrario; los finales de la *Novena*, la *Décima* y *La canción de la tierra*, son lo mejor de Mahler.

Regreso al escritorio.

Sigue, sigue. Abre y cierra la mano, desentumécela.

Octava de sol en el piano, las corcheas mi, sol, do repetidas dos veces... Me cuesta. Me cuesta tanto.

¿Dónde aplacar esta ansiedad?; lo he buscado, sí, lo he buscado al otro lado de la música, en ese lado que permanece oculto, que solo es posible intuir. La clarividencia del solitario, el delirio del creador; traspasar el límite del sufrimiento, eso es para mí la felicidad. Sí, lo sé, llegaré al final sin lograr serenarme. Y no creo en el eterno descanso de los muertos.